

## Carta a Victoria Ocampo En Buenos Aires

— Envío del autor —



En Heredia

Por Amighetti.

He leído los dos números de *Sur*, Victoria Ocampo, y he recordado al punto nuestra conversación en Lima y la carta de Waldo Frank sobre los propósitos de usted. Iba usted a emprender una tarea admirable: publicar la revista que coordinara y dirigiera los esfuerzos artísticos, culturales de Nuestra América. Nadie mejor que Victoria, me decía Waldo, para esta empresa. Fue grande contratiempo que no pudiese usted conversar en La Habana con Mañach, Marinello y el grupo de 1930. En Lima, dentro de la vertiginosidad de treinta y seis horas, conoció usted algunos escritores y pintores: recuerdo que vimos la obra magnífica de José Sabogal. De Chile me escribieron refiriéndome que había usted cambiado ideas con el grupo *Índice* en donde Silva Castro, Picón Salas, Latchman, Sánchez, Latorre y los demás compañeros batallan sin descanso y, aun, sin el buen éxito que sería deseable. Después, *La Vida Literaria* de nuestro amigo Glusberg me informó de su llegada a Buenos Aires, y la ratificación de su propósito de una revista americana. Alfonso Reyes me anunciaba lo mismo. Estaba tensa América literaria para recibir su revista. Y su revista ha aparecido, su revista, Victoria, pero nosotros le pedimos la nuestra, la que proyectaba usted en Europa, en Nueva York, en Buenos Aires. La que, naciendo bajo la invocación de Frank, debiera ser carne nuestra y alma nuestra, grito de la gente nueva, pero no mero grito estetista, sino grito vital, que sobrepase los límites de lo exclusivamente artístico, en el sentido virtuosista, y que llegue a lo artístico hondo, es decir, a la raíz misma de nuestra vida y al fondo de nuestra sensibilidad y nuestros deseos.

Después del segundo número, que yo esperaba con viva ansia, quiero escribirle, Victoria Ocampo, para decirle lo que pensamos en Perú, Chile, Argentina, Brasil y, también en Nueva York, muchos amigos y admiradores suyos. Lo hemos comentado previamente con tímida esperanza, y ahora queremos serle sinceros. Iniciados por usted misma en el misterio de su revista, nos sentimos ligados a la idea en un amor de tío viejo por el sobrino botarate. Botarate, sí, Victoria, pero no de vitalidad, que es la única prodigalidad digna de elogio y ejemplo.

*Sur* se titula, como esperábamos, la revista, pero nos hallamos con que pudiera ser *Occidente*. Y de esto a la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset, la distancia no es mucha. Y de la revista de Ortega a la *Nouvelle Revue Française*, a *Bifur*, no hay mucho camino por recorrer. Y nosotros, Victoria, vivíamos con la expectativa

de algo nuestro. Apenas si en el segundo número aparece la silueta robusta de Diego Rivera, pero disfrazada por Torres Bodet, y las cartas de Güiraldes, sombra gloriosa y sin segundo, destilan, en los dos números su penetrante aroma de americano que resistió fundirse, como *Raucha*, con el francés, así fuera éste nuestro amigo Valery-Larbaud. Son detalles, Victoria, que no restan el aire europeo de *Sur*, y contra el cual protestamos los que bienqueremos a Nuestra América y los que confiamos todavía en lo que usted, con su inteligencia, su tacto y su fervor, ha de realizar sin duda.

Crea que estoy muy lejos de insurgir contra lo europeo. Lector de Hegel, he aprendido en su filosofía de la historia a amar altísimamente el valor humano y trascendental de América, pero sé que nos falta método sin sentido cartesiano. Aquello que en Frank es pasión indeclinable, la persecución del método, la hemos sentido cuantos tratamos de entrar en el corazón mismo de América. Hemos sorprendido allí una riqueza inédita, pero ayuna de disciplina, de orden. Con método europeo, pero realidad americana, llegó nuestro José Carlos Mariátegui a comprender las necesidades de la hora que vivimos. Con método europeo y fervor revolucionario ruso logró Lenin preparar su triunfo, y hoy mismo Joseph Stalin aconseja, como fundamento del leninismo, como su estilo, dos elementos: el impulso revolucionario ruso y el espíritu práctico de los norteamerica-

nos, de donde ha surgido el formidable Plan Quinquenal. En Ricardo Güiraldes, una coincidencia más de nuestro gusto, advierto el contenido americano y el método europeo. Frank confiesa lo que debe a Francia, Inglaterra, Alemania en la tarea de depurar su espíritu, adiestrándolo para la tarea que hoy realiza.

Pero, la conjunción de contenido americano y método europeo ¿aparece acaso en Drieux de la Rochelle, Leo Ferrero, Ernest Anserment, y aun Jules Supervielle, miembros del "Consejo Extranjero" de *Sur*? Y más aún, es posible que los solos nombres de Jorge Luis Borges, Oliverio Girondo, Mallea, González Garaño y Bullrich, sin contar a de Torre, sean suficientes para garantizar el americanismo auténtico de la revista que nosotros creíamos intérprete de nuestro espíritu? Evidentemente, no. Y quiero decirle todo cuanto pienso, porque me parece un deber imperioso cooperar con usted, que tiene el noble empeño, la vocación, la capacidad y los medios, de cumplir tan alta misión. Mi crítica la inspira el más sano deseo de contribuir a la obra común a la que hemos entregado

nuestras vidas, cada cual en su terreno y en su campo propio, pero coincidentes en la línea general. Nos puede separar la "táctica", como dicen los bolcheviques, pero estamos unidos, en la "estrategia", es decir, en la finalidad última y en el deseo más ahincado y alto.

Yo no concibo una revista *Sur*, en cuya directiva no aparezcan Juan Marinello, Jorge Mañach, Félix Lizaso, Juan Ichaso, los magníficos pilotos de 1930, suspendido hoy por voluntad orgullosa y limpia de sus directores que no transigen con el medio, y que, artistas efectivos, no se sienten al margen de la inquietud política y social de su país. No concibo que falten del elenco motor, Baldomero Sanín Cano, o Germán Arciniegas, por Colombia; Mariano Picón Salas, Fombona, Gallegos, o Blanco, por Venezuela; Silva Castro, *Alone*, Latchman, Donoso, Barrios, Latorre, Edwards Bello por Chile; Zavala Muniz, Filartigas, Gallinal, Zum Felde, Vaz Ferreira o cualquier otro igual, por Uruguay, y don Joaquín, ese gran don Joaquín García Monge, central comunicadora de Nuestra América, por Costa Rica. Esto de un lado. Y yo, por otro lado, no confío en la aparición de un nuevo americanismo epidérmico, como el del 900, a base de estampas.

El americanismo es, para mí, emoción, anhelo, impulso. La decoración no importa nada. Jorge Luis Borges interpreta acuarrelas bonaerenses, pero ¿eso es Buenos Aires? Güiraldes dió mucho menos al paisaje de la pampa que al hombre interior, y